

Teología y Universidad

Jaime Nubiola (jnubiola@unav.es)
Profesor de Filosofía Contemporánea

A estas alturas del siglo XX estudiar teología en una Universidad es —o quizá mejor, puede ser— una tarea vitalmente apasionante. Para alumnos y profesores es hacer de nuevo realidad aquellos ideales culturales cristianos en que nacieron las primeras Universidades; para la teología en cuanto saber es además la "vuelta a casa".

El logro de una nueva articulación de los saberes que supere su moderna insularización es uno de las necesidades más sentidas en la cultura contemporánea. El papel de la teología en esa nueva síntesis no es una cuestión de importancia menor. La Universidad sin teología —insiste con valentía intelectual Alejandro Llano— pierde su radicación histórica y su relevancia existencial, ya que la teología es el saber nuclear en el que los demás conocimientos encuentran su unidad sapiencial y su sentido antropológico.

Pero en esta carta quiero llamar vuestra atención sobre la efectiva articulación de esos saberes en el vivir de cada uno, de forma que la teología aprendida en las aulas comprometa de verdad la inteligencia y eso que a veces con vergüenza llamamos corazón: "La miseria de la teología aparece —escribió el Cardenal Ratzinger— cuando falta valor para despertar *íntegramente* la razón". Por eso me parece que el *ser teólogo universitario* en la hora presente estriba radicalmente en una ilusionada búsqueda de la verdad, que no se resigna con los resultados parciales ya alcanzados. La primera regla de la razón —escribió Charles S. Peirce— es que para aprender hace falta desear aprender, y para ello no hay que darse por satisfecho con lo que ya estamos inclinados a pensar. De modo análogo, puede decirse también que sólo es genuinamente universitario quien aspira a adentrarse siempre más en la verdad a pesar del prolongado esfuerzo que hayan requerido los logros conseguidos, y como en contraste, que no es realmente universitario quien desconfía con escéptico relativismo que haya verdad ni quien se conforma simplemente con las verdades ganadas por quienes le precedieron.

El universitario sabe que la verdad —como escribió Tomás de Aquino— tiene puertas, que a la verdad se llega mediante rodeos, que no es medalla al mérito individual sino siempre fruto del esfuerzo solidario. Por eso en la Universidad la teología se encuentra en casa porque aspira a comprender cada vez más la Verdad creída. La Universidad es el hogar de la verdad, el lugar donde vive el pensamiento riguroso que se somete gustosamente a la libre discusión pública de los iguales. El diálogo universitario conjura así cualquier fundamentalismo: ahuyenta ese repugnante "estilo intelectual" caracterizado por la aversión a tomarse en serio la idea de que uno pueda estar equivocado (Rauch) y engendra la fecunda convicción de que todo lo sabemos entre todos (Salinas).

El reciente fallecimiento del gran universitario que fue Mons. Alvaro del Portillo trajo con fuerza a mi memoria un recuerdo personal que refleja bien lo que os quiero decir. Se trataba precisamente de una sesión del Consejo de Patronos para las Facultades de Estudios Eclesiásticos, por él presidida, a la que asistían cuatro obispos como vocales y yo como

secretario. En algún momento la conversación se centró en las publicaciones científicas de los profesores de las Facultades y Mons. del Portillo comentó que acababa de leer el excelente libro del Prof. Mariano Artigas sobre las fronteras del evolucionismo. Con su habitual sencillez añadió un comentario de este tenor: "Realmente cuanto más se estudia un asunto, uno se da cuenta de que es más complicado". Aquellas palabras fueron para mí como un *flash* luminoso de esa atractiva síntesis de las dos culturas que encarnaba vitalmente Mons. del Portillo. Como el trabajo de un ingeniero o de un directivo consiste con frecuencia en identificar soluciones simples para la gestión de situaciones complejas, hubiera esperado del Gran Canciller un elogio sobre lo claro que era aquel libro, lo bien que se entendía, pero no aquel espontáneo comentario incidental que denotaba una profunda comprensión de la grandeza y a la vez de las limitaciones de la razón humana.

A su intercesión confío que estos años universitarios de estudio científico de la teología os hagan ganar esa capacidad de reconocer la complejidad y riqueza de las cuestiones humanas, la pluralidad de las soluciones, la profundidad de la fe, pero sobre todo siembren para el resto de vuestra vida el entusiasmo suficiente para progresar solidaria y continuamente hacia la Verdad.